

Antigua

Historia y Arqueología de las civilizaciones

MIGUEL D.
CERVANTES



Conductas sexuales y grupos sociales marginados en la poesía de Marcial y Juvenal **José María Blázquez**

Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones [Web]



Página mantenida por el Taller Digital

[Una versión impresa de este texto fue publicada en G. Bravo - R. González Salinero (ed.), *Minorías y sectas en el mundo romano. Actas del III Coloquio de la Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos*, Madrid, Signifer, 2006, 55-72. Esta versión digital se hace por indicación y cortesía del autor, como parte de su *Obra Completa* y corregida de nuevo bajo su supervisión]

© Texto, José María Blázquez

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Conductas sexuales y grupos sociales marginados en la poesía de Marcial y Juvenal

José María Blázquez

(Real Academia de la Historia. Madrid)

Marcial ¹ (38/41-102/103), el escritor satírico hispano de la segunda mitad del siglo I, pintó con mano maestra en sus epigramas los bajos fondos de Roma que él mismo frecuentó. Sin su descripción no se conocerían tan bien algunos grupos sociales marginales que, sin duda, desempeñaron un papel importante en las sociedades de todas las épocas y de todas las culturas.

El poeta bilbilitano alude frecuentemente a estos grupos sociales, lo que indica que en su época eran importantes y numerosos en el mundo del hampa de la capital del Imperio. El pensamiento del vate hispano sobre este particular encuentra su perfecto complemento en el de Juvenal (58-138) y ambos hunden sus raíces en el mundo griego.

Homosexuales

La presencia de homosexuales en Roma ² era relativamente frecuente. El primer epigrama dedicado a los homosexuales aparece en el libro I, 23 de Marcial. Los baños, lugar donde era posible la exhibición nudista, solían ser su principal lugar de encuentro (I. 96; II. 70; VI. 81; VII. 35.82; IX. 33; XI. 22.63.75; XII. 83). De hecho, Cota no invita a Marcial porque no le gusta desnudo.

Invitas solamente, Cota, a los que se bañan contigo y sólo los baños te proporcionan convidados. Me extrañaba, Cota, que nunca me hubieras invitado: ahora sé que no te gusta desnudo.

Ya en el libro I de sus epigramas, en la composición 24, el poeta bilbilitano presenta a un homosexual, de nombre Daciano, en los siguientes términos:

¹ J. Fernández y A. Ramírez, *Marcial. Epigramas. Epigramas I-II*, Madrid, 1997; M. Balasch y M. Dolcs, *Juvenal-Persio. Sátiras*, Madrid, 1991. Las traducciones empleadas corresponden a estas ediciones. A su vez, agradezco a los profesores J. M. Abascal, J. Cabrero, P. Domingo, A. Lozano, S. Perea y L. Ruiz las indicaciones y la bibliografía incorporadas al presente trabajo. Sobre mujeres marginadas, véase en general: J. M. Blázquez, «Mujeres extranjeras en Roma en la poesía de Marcial», en G. Bravo Castañeda y R. González Salinero (eds.), *Extranjeras en el mundo romano (Anejos Gerión, VIII)*, Madrid, 2004, pp. 57-66.

² Sobre la homosexualidad en el mundo antiguo, véase en general, K. D. Dover, *Greek Homosexuality*, Londres, 1978; T. K. Hubbard, *Homosexuality in Greece and Rome. A Source Book of Basic Documents*, Berkeley, 2003; A. Richlin, *Pornography and Representation in Greece and Rome*, Oxford, 1992; M. B. Skinner, *Sexuality Greek and Roman Culture*, Cornwall, 2005; E. Cantarella, *Según natura. La bisexualidad en el mundo antiguo*, Madrid, 1991; J. Smalls, *Homosexuality in Art*, Nueva York, 2003.

¿Ves, Daciano, a aquel de pelo desaliñado,
de quien incluso tú temes el severo entrecejo,
el que habla de Curios y Camilos, garantes de la libertad?
No te fíes de su frente: se casó con un hombre ayer.

En este caso, se trata de un homosexual que Marcial menciona con cierta frecuencia en su conversación con conocidos defensores de la libertad, los Curios y los Camilos; que es de aspecto severo y que peina el cabello descuidadamente. Marcial aconseja no fiarse de su apariencia, ya que antes era mujer y ahora se presenta como hombre. Era, de hecho, un travestido.

Por su parte, Juvenal, en su *Sátira* II, dirigida a Domiciano, menciona cuatro tipos de homosexualidad:

- 1) Los hipócritas, que ocultan su homosexualidad.
- 2) Los que permiten que se note su condición de homosexuales.
- 3) Los que pertenecen a una sociedad secreta de homosexuales.
- 4) Y, finalmente, la homosexualidad de Graco, que se enorgullece de ella.

El poeta censura la hipocresía de los grandes personajes, que se presentan como filósofos estoicos pero cuya doctrina ocultaba los vicios. Eran unos farsantes. La ramera Laronia los pone en solfa (versos 1-63). A continuación, pasa Juvenal a describir a un maestro de moralidad (versos 64-81). Se trata de un abogado, de nombre Cretio, que persigue a las esposas infieles para que se las castigue según la ley, para lo cual vestía gasas como una prostituta.

Los homosexuales del tercer grupo formaban una sociedad secreta (versos 82-116) e imitaban a las mujeres en la fiesta de la *Bona Dea*. Juvenal describe soberbiamente las orgías homosexuales a las que se entregaban:

Llegará un día en que te atrevas a algo más impúdico que este vestido: nadie llegó de golpe al colmo del libertinaje. Te acogerán cada vez más aquellos que dentro de sus casas se adornan las cabezas con largas cintas, se llenan el cuello de collares y aplacan a la Buena Diosa con el vientre de una marrana y una gran copa de vino. Pero invirtiendo las costumbres, las mujeres son arrojadas lejos, ni tan siquiera traspasan el portal. El altar de la diosa es accesible sólo a hombres. "¡Fuera, profanas!" -se grita-, "Aquí no hay ninguna flautista que haga gemir su cuerno". Tales eran las orgías que a la luz secreta de unas antorchas solían celebrar los baptas (sacerdotes de este culto licencioso) acostumbrados a fatigar a la ateniense Cotilo (diosa frigia venerada en Atenas con cultos licenciosos). Uno mediante una aguja pequeña se alarga las cejas con hollín humedecido y se las pinta alzando sus ojos parpadeantes, otro bebe con un príapo (alusión a la felación) de cristal y llena una redcilla de oro con su abundante cabellera; se ha vestido con ropas a cuadros azules o con un tenue tejido de color verde pálido; el esclavo jura por la Juno de su amo. Un tercero sostiene un espejo, instrumento favorito del garzón Otón, "despojo de actor auruncano", en el que aquel se contemplaba armado cuando iba a mandar levantar estandartes, acción que se debe reseñar en los últimos anales y en la historia más reciente: un espejo ha sido el botín de una guerra civil. Realmente, corresponde a un general en jefe matar a Galba y cuidarse el cutis; es firmeza de un ciudadano nobilísimo aspirar en los campos de Bebrico al saqueo del Palatino y extenderse en el rostro, con los dedos, pan comprimido, lo cual ni Semíramis armada de aljaba hizo en su imperio asirio ni la afligida Cleopatra en su nave de Accio. Pero aquí ni hay pudor en las palabras ni respeto al altar. Aquí reina la impúdica Gíbele y hay plena libertad para hablar con voz lasciva. El gran sacerdote de este rito es un vejestorio fanático, de blanca cabellera, modelo singular y memorable de una insaciable glotonería: merece la pena alquilarlo para maestro.

Y, finalmente, Juvenal describe la boda de Graco de la siguiente manera:

Graco aportó como dote cuatrocientos mil sestercios a un flautista, perdón, quizás tañía con una trompeta. Ya se han sellado los documentos, ya se han deseado felicidades a los invitados a la concurrida cena, ya han tomado asiento y esta recién casada se reclina sobre el pecho del marido. Proceres, ¿qué necesitamos? ¿Un harúspice o un censor? Te

horrorizarías o creerías más monstruoso que una mujer pariera un becerro o una vaca un cordero? Se adereza con pasamanería, con vestidos largos y con el velo nupcial uno que hace poco sudaba bajo los escudos sagrados cuando los agitaba con la correa misteriosa. ¡Padre de la ciudad! ¿Desde dónde se abatió tan horrendo sacrilegio sobre los pastores del Lacio? ¿De dónde salió esta ortiga, Gradivo, que ha alcanzado a tus descendientes? He aquí que un hombre rico y de linaje esclarecido se entrega a otro hombre y tú ni agitas el casco, ni golpeas la tierra con tu lanza ni te quejas a tu padre. Ea, ¡largo de aquí! ¡Abandona las yugadas del severo Campo del que no cuidas! "Mañana al salir el sol tengo algo importante que hacer en el valle de Quirino". "¿Qué es lo que debes hacer?" "¿Por qué lo preguntas? Un amigo mío toma marido; los invitados somos pocos". Los que no muramos pronto viviremos esto, y ocurrirá a la luz pública y se deseará que se consigne en los registros (versos 116-142).

Aunque perteneció a una familia de la alta nobleza, Graco luchó como gladiador. La homosexualidad, que el poeta considera un vicio y que rechaza, llegaba hasta las altas capas sociales de Roma. Graco era un buen ejemplo de ello.

En el epigrama 46 del primer libro, Marcial, trata el tema ya abordado por Ovidio (*Ars. Am.* II. 689-690), de llegar al goce carnal inmediatamente:

Cuando dices: "Tengo prisa, hazlo de una vez", Hédilis
al momento se me pone lacia y no funciona mi debilitada Venus.
Mándame que aguante, que retenido iré más rápido:
si tú tienes prisa, Hédilis, dime que yo no la tenga.

En el epigrama 90 del mismo libro, describe a Basa, que, siendo mujer, se presenta como varón (otro travestido). No se le acercaban hombres. Tampoco se murmuraba de él, aunque las personas de su mismo sexo buscaban su compañía. A ojos del público, parecía una Lucrecia en el vestir y en el modo de comportarse:

Como nunca te veía, Basa, junto a los tíos
y como ningún chismorreo te atribuía un querido,
sino que a tu alrededor un grupo de tu propio sexo siempre
estaba a tu completo servicio, sin que hubiera un hombre,
me parecía que eras, lo reconozco, una Lucrecia:
pero eras tú, ¡horror!, Basa, un follador.
Te atreves a reunir dos coños gemelos entre sí
y tu monstruoso clítoris simula al hombre.
Has inventado una monstruosidad digna del enigma de Tebas:
que donde no hay un hombre haya adulterio.

En otro epigrama, el número 41 del libro V, describe el poeta bilbilitano de mano maestra a un homosexual. No es viril. Es más blando que Attis, favorito de Galena. Habla de teatro, de las filas de los asientos, de edictos, de togas con grecas de púrpura, de idus, de broches y de censos. Enseña a los pobres las manos pulidas con piedra pómez. Tenía derecho a sentarse en los bancos de los caballeros. En el teatro de Cádiz, en época de Augusto, las primeras catorce filas de asientos estaban reservadas a los caballeros (Cic. *Ad fam.* X. 32.2), pero no debía sentarse en las filas de los casados. Las gentes de teatro tenían, en general, fama de homosexuales. Baste recordar al favorito de Sila, Metrovio.

En el epigrama 33 del libro VI habla Marcial de Sabello, que era de carácter muy alegre. Pasaba por ser un gran conquistador de mujeres al que nada asustaba y que acabó hecho un desgraciado:

Nada más desgraciado, Matón, que el maricón de Sabelo
has visto, cuando antes no hubo nada más alegre que él.
Robos, huidas, muertes de esclavos, incendios, lutos
afligen a este hombre: ya en su desgracia también folla.

En el libro VII, epigrama décimo, menciona el poeta hispano a dos homosexuales, de nombre Eros y Lino. Marcial aconsejó a Olo, que sin duda se ocupaba de la conducta de esta pareja, que no la preste atención, pues nada le importaba, como tampoco importaban las cenas de Sertorio, que duraban hasta el amanecer. En una de ellas éste fue asesinado (Plut. *Sert.* 26). No le importaba nada la deuda de 700.000 sestercios que Lupo había contraído con emperador Tito. Le debía importar, en cambio, lo que no le preocupaba, que eran sus problemas personales, como la deuda por comprar la toga; el que nadie le prestase nada; el que su esposa le engañase con otro; el que su hija, casadera, pidiese la dote. Marcial le aconseja no preocuparse de los homosexuales, como el poeta no se ocupaba de Olo. En el libro VIII, epigrama número 63, menciona el satírico hispano a un varón, de nombre Aulo, que está enamorado de Téstilo, de Alexis, y posiblemente de Jacinto. Aulo sentía atracción amorosa por los poetas. Pero éste no debía de ser un caso aislado en la Roma de Marcial. Aulo debía de moverse entre poetas, entre los que se darían, frecuentemente, casos de homosexualidad. Téstilo era el favorito de Víctor Voconio (VII. 29):

Téstilo, dulce tormento de Víctor Voconio,
el joven más famoso del mundo entero,
que te amen hermoso incluso tras cortarte el cabello
y que ninguna chica agrada a tu querido poeta:
por un tiempo aparta los doctos libros de tu señor,
mientras leo mis pequeños poemas a tu querido Víctor.
También Mecenas, cuando Marón cantaba a Alexis,
conocía sin embargo a la morena Melenis de Marso.

Marcial, en otro epigrama (XI. 78) da consejos a Víctor, que debe abandonar sus amos con sus favoritos, y casarse. El poeta hace mención del coito *a dietro*:

Su nodriza y su madre te prohibirán que lo sigas haciendo
y te dirán: "Ésta es tu mujer, no tu favorito".
¡Ay, qué de sofocones y qué de sudores te costará
si un coño es para ti una cosa exótica!
Por tanto, entrégate como aprendiz a una profesional de la Subura.
Ella hará de ti un hombre; las doncellas no enseñan bien.
Ve acostumbrándote a tomar una mujer, Víctor, ve acostumbrándote,
y que tu polla vaya practicando una faena que ignora.
Se están tejiendo los flameos de tu prometida, _t-
ya se está ataviando la doncella,
ya mismo la recién casada cortará el cabello a tus favoritos.
Ella permitirá a su anhelante marido que le dé por el culo una sola vez,
mientras teme las primeras heridas de un arma que nunca experimentó.

Las escenas de las Bodas Aldobrandinas ³, pintura de la época de Augusto (27 a.C.-14 d. C), constituyen el mejor comentario al epigrama de Marcial. Las escenas reconocibles son tres. La primera, nupcial, se desarrolla en el interior del gineceo. La alcoba con el lecho nupcial ocupa el centro. A la izquierda se encuentra el guardarropa y a la derecha el vestíbulo. Diez personajes se distribuyen en tres grupos, cuya acción es simultánea, aunque diferente. La esposa, velada y abstraída en sus pensamientos, se sienta en el lecho. Peitho o Afrodita, amigablemente, le proporcionan consejos; y a su derecha, Charis derrama un frasco de perfume. A la izquierda del lecho, Himeneo, protector del matrimonio, semidesnudo, contempla la conversación central. En el ángulo izquierdo, la madre de la desposada, velada también, vierte agua en una fuente. En el lado derecho una joven derrama los incien-

³ A. Maiuri, *La peinture romaine*, Ginebra, 1933, pp. 24, 31-32; P. Veyne, *I misteri del gineceo*, Roma / Bari, 2000, pp. 38-45.

sos perfumados en un *thymiaterion*. Otra joven toca la lira y una tercera, coronada, da las órdenes de la ceremonia. Estas escenas tienen por protagonista a la desposada y el epigrama de Marcial al novio.

Pero en el epigrama 27 del libro IX, vuelve el vate hispano al tema ya tratado de depilarse el pelo un homosexual, que sería lo frecuente entre ellos:

Aunque llevas, Cresto, los cojones depilados
y una polla igual al pescuezo de un buitre
y una cabeza más lisa que los culos de los putos,
y no queda con vida en tus piernas un solo pelo,
y unas pinzas asesinas desbrocen las canas de tus hocicos,
de Curios, Camilos, Quincios, Numas, Ancos
y de cuantos de pelo en pecho hemos leído en alguna parte
hablas con grandilocuencia y te desgañitas con voces y amenazas,
y emprendes una cruzada contra las obras teatrales de tu tiempo.
Entre tanto, si se te presenta un atleta
que se ha librado ya del pedagogo y cuyo
pene hinchado ha desembarazado un especialista,
lo llamas con una seña y te lo llevas y da vergüenza decirlo,
Cresto, lo que haces con tu lengua catoniana.

Marcial, en el libro IX, epigrama número 65, menciona a Febo, a quien todos los invertidos invitaban a cenar ⁴. El poeta hispano le reprocha que se alimente de sus vicios inconfesables, aunque reconozca que había muchos que, a su costa, comían gratis. No hay duda de que el texto de este epigrama indica que Marcial reprobaba la homosexualidad y la consideraba un vicio rechazable:

Todos los maricones te invitan a cenar Febo.
A quien da de comer una polla, creo yo que no es un hombre sin tacha.

En este mismo libro IX. 66, vuelve al tema que ha tratado en el libro anterior (VIII. 31), del impotente, que debía ser frecuente en Roma. A su vez, era frecuente la bisexualidad, como indica el poeta bilbilitano (IX, 69):

Cuando follas, Policarmo, sueles al final cagarte.
Cuando te dan por el culo ¿Qué haces, Policarmo?

Marcial (X. 65) contrapone su propio aspecto al del homosexual Carmenión. Describe cómo solían presentarse en público los homosexuales confirmando lo ya dicho en otros epigramas. Pero Marcial en esta ocasión se siente orgulloso de ser celtíbero, es decir, mezcla de íberos y de celtas.

Si presumes de que eres paisano de los bronce
corintios, Carmenión, sin que nadie lo niegue,
¿Por qué me llamas hermano a mí, que he nacido
de íberos y celtas y soy vecino del Tajo?
¿O es que damos la impresión de parecemos en la cara?
Tú deambulas radiante, con el cabello ondulado,
yo, incorregible con mis cabellos hispanos;
tú, terso por el depilatorio de cada día,
yo con mis piernas y mejillas peludas;
tu boca es premiosa y ni expresión débil,
más alto que yo hablará fulanita
no es tan distinta la paloma al águila

⁴ J. N. Robert, *I placheri a Roma*, Milán, 1985, pp. 121-125; L. Friedländer, *La sociedad romana. Historia de las costumbres en Roma*, Madrid, 1982, pp. 779-809.

ni la asustadiza gacela al impertérrito león.
 Por tanto, deja de llamarme hermano
 no vaya a ser, Carmenión, que te llame hermana.

Parece evidente que a los homosexuales se les conocía en Roma por su aspecto, pues no se ocultaban, lo que no impedía que, como el propio poeta bilbilitano reconoce, los comentarios que en sus obras dedicaba a quienes mostraban públicamente esta conducta sexual fuesen desvergonzados (XII. 5), aunque no todos (XI. 17).

En el libro XII, epigrama número 38, Marcial describe nuevamente a un homosexual y confirma algún detalle ya apuntado relativo a su físico: se paseaba todo el día entre las literas de las damas por la calle. Era, por lo tanto, un individuo bien conocido en Roma, a pesar de ser una ciudad de cerca de un millón de habitantes en época de Marcial. Llevaba el cabello reluciente y bien empastado de ungüentos. El vestido relucía teñido de púrpura. El rostro era fino. El pecho ancho. Las piernas iban bien afeitadas. Marcial aconseja a Cándido, a cuya mujer acompañaba frecuentemente este varón homosexual, no preocuparse, pues era totalmente inofensivo para las damas.

Matrimonio homosexual

Los dos escritores satíricos, Marcial y Juvenal, han mencionado y descrito los matrimonios entre hombres. Debían de ser frecuentes entre ellos y, además, públicos. De hecho, Cuenta Tácito, por ejemplo, que Nerón (*Ann.* XV. 37) contrajo matrimonio con Pitágoras:

Nerón se manchó con todos actos lícitos e ilícitos, y no había desvergüenza que no cometiera. Para obrar aún más torpemente, pocos días después se unió en matrimonio, con la solemnidad seguida en los esponsales, con un depravado, de nombre Pitágoras. Al emperador se le colocó sobre la cabeza el velo de color rosa de las esposas. Se llamaron testigos; se convino la dote. Se colocó el tálamo y se eligieron las faces. En público se ofreció todo lo que, aún tratándose de una dama, se oculta.

Al parecer, el ritual de matrimonio entre varones era el mismo que el heterosexual. Marcial describe así las bodas de dos homosexuales (XII, 42) ⁵:

El barbudo Calístrato se casó con el rudo Afro
 con el ritual con que una doncella se suele casar con un hombre.
 Brillaron delante las antorchas, cubrieron su rostro los flameos,
 y no faltaron tus fórmulas rituales, Talaso [dios itálico de los matrimonios]
 Se fijó además la dote. ¿No te parece, Roma, que ya
 es suficiente? ¿es que esperas que también para?

Habría que señalar que el matrimonio en Roma ⁶, únicamente reservado a los ciudadanos romanos, no tenía carácter jurídico ni religioso. Se trataba de un acto social (general-

⁵ Ya se ha señalado anteriormente la segunda sátira de Juvenal en la que se describen las bodas de Graco.

⁶ Véase, P. Veyne, *Historia de la vida privada del Imperio Romano en el año mil*, Madrid, 1990, pp. 45-60; Id., *La sociedad romana*, Madrid, 1990, pp. 169-213; V. Thomas, *Historia de las mujeres en Occidente*, Madrid, 1991, pp. 150-169. Para el matrimonio en Atenas, véase: F. Lissarrague, *Los misterios del gineceo*, Madrid, 2003, pp. 183-245. Sobre el matrimonio en Grecia, véase C. Leduc, en P. Brown, Y. Thébert y P. Veyne (eds.), *Historia de la vida privada*, vol. 1, *Imperio romano y antigüedad tardía*, Madrid, 1991, pp. 251-313. Sobre la mujer en el cristianismo primitivo, véase: M. Alexandre, en P. Brown, Y. Thébert y P. Veyne (eds.), *Historia de la vida privada*, vol. 1, *Imperio romano y antigüedad tardía*, Madrid, 1991, pp. 463-518. Sobre la mujer en la Antigüedad, véase: G. Aragoni y B. Gentili (ed.), *Le donne in Grecia*, Bari, 1985; A. Frascetti (ed.), *Roma al femminile*, Bari, 1994; G. Sissa (ed.), *La verginità in Grecia*, Bari, 1992; C. Calame (ed.), *L'amore in Grecia*, Bari, 1983; E. Cantarella, *La calamidad antigua. Condición e imagen de la mujer en la antigüedad griega y romana*, Madrid, 1991; J. Boardman, *Athenian Red figures vases. The Archaic Period*, Londres, 1975; J. M. Blázquez y J. Cabrero, «Termas y prostíbulos

zado a partir del siglo II d.C.) en el que sólo se pronunciaban unas palabras rituales, razón suficiente, sin embargo, para que en el cristianismo primitivo sólo hubiese matrimonio civil. Las huellas más antiguas de matrimonio eclesiástico se remontan al siglo VII. El obispo de Roma Nicolás I, en carta al emperador Miguel III, escrita en el 865, le indicaba que el matrimonio eclesiástico no era necesario, pues sólo se requería la voluntad de los contrayentes para convertirse en esposos. La Iglesia a éstos les daba la opción de casarse por lo civil o de tener una concubina, pero no ambas cosas a la vez (canon XVII del Concilio I de Toledo, celebrado hacia el año 400).

Se puede apreciar en general que la homosexualidad no estaba mal vista en el mundo romano. Era perfectamente aceptada. Sin embargo, Marcial, Juvenal y Tácito parecen rechazarla. Baste recordar que a Trajano y a Adriano les gustaban los muchachos, y estuvieron a punto de romper las relaciones entre los dos, por gustarle a Adriano los efebos que amaba Trajano (*SHA, Hadr.* II. 7). Los amores de Adriano con Antinoo eran públicos (*SHA, Hadr.* XIII. 8). Antinoo fue incluso divinizado. Se celebraron cultos en su honor y se emitieron oráculos. Algunas ciudades llevaron su nombre en Egipto. Se esculpieron relieves y esculturas en los que Antinoo se asociaba a otros dioses, como Dionisio, en el Vaticano; como Vertumnus, en el Laterano; como Apolo en Leptis Magna; como Dionisos en Villa Albani y como Silano en Lanuvium. Clemente de Alejandría y Tertuliano le acusaban de ser el amante de Adriano. De hecho, en los tondos adrianes empotrados en el Arco de Constantino, Antinoo acompaña al emperador.

La homosexualidad en la Antigüedad no tenía el carácter tan negativo que después adquirió en el mundo cristiano. Homosexuales fueron el gran poeta lírico griego Píndaro, nacido entre 522 y 518 a.C.; Sócrates (470-399 a.C.), el hombre que más se acercaba a Cristo; Platón (427-347 a.C.) y Aristóteles (384-329 a.C.); algún tiempo César (100-44 a.C.), mantuvo relaciones homosexuales con Nicomedes de Bitinia, con el que en Roma se rumoreaba que se había prostituido (*Suet. Caes.* 2). Calígula (12-41 d.C.) (*Suet. Cal.* 36), mantuvo relaciones amorosas con M. Lépido, con el pantomimo Mnester y con algunos rehenes. Del privado de Nerón, Tigelino, se rumoreaba en Roma que mantenía relaciones homosexuales con el emperador, al igual que Otón. Adriano también mantuvo relaciones homosexuales con hombres (*SHA, Hadr.* XI. 7). En realidad, la mayoría de los homosexuales eran bisexuales y se presentaban en público como tales.

La homosexualidad, tanto masculina como femenina, estaba muy extendida, según la información de Pablo de Tarso (*Rom.* 1. 26-27) y aceptada por la sociedad.

En un mundo como el grecorromano, en la que algunos de los grandes dioses eran homosexuales o, mejor, bisexuales, como Zeus con Ganímedes, Hércules con Hílas, Apolo con Jacinto, Príapo con Dionisos, así como varios de los grandes héroes, Pelópidas y Epanimónidas de Tebas ⁷, además de la educación espartana, la homosexualidad no podía considerarse contra la naturaleza, ni vicio nefando, ni nada degenerado, sino un comportamiento totalmente lícito. La condena de la homosexualidad en el cristianismo procede del legado de la religión judía, en concreto de *Levítico* 18. 22, que no es un código de moralismo, sino de santidad.

En el arte griego se representaron parejas de homosexuales sentados sobre el lecho, como en la Tumba del Buceador, en una escena de banquete fúnebre, fechada entre los años 480-470 a.C. Escenas homosexuales de hombres y efebos se representan en un ánfora ática

en la Antigua Roma», *La aventura de la Historia*, 53, 3, 2005, pp. 90-93; J. Mercada, *Roma. Amor. Essai sur les représentations érotiques dans l'art étrusque et romain*, Ginebra, 1961; Id., *Die Griechen Eros Kalos*, Munich, 1977.

⁷ Vid. B. Sergent, *La homosexualidad en la mitología griega* (prefacio de G. Dumézil), Barcelona, 1986 (= Paris, 1984).

de figuras negras del Pintor de Berlín 1686, fechada hacia el 540 a.C. y en un *karthesim* ático de figuras negras de hacia el 525 a.C.

Sexo oral

El vate hispano en IX. 67, habla del sexo oral, pero su uso exige, según el poeta en este caso, reciprocidad, a lo que Esquilo se niega por considerarlo vergonzoso, y por ello recibe el lacerante reproche de Marcial:

Toda una noche poseí a una joven lujuriosa,
cuyas perversiones nadie puede superar.
Harto de mil posturas, le pedí lo que es propio de los muchachos:
antes de que empezara a rogárselo, me lo concedió por completo.
Algo más vergonzoso le solicité entre risas y sonrojos:
me lo prometió, viciosa, al instante.
Pero conmigo no llegó a consumarlo; contigo lo hará, Esquilo,
si estás dispuesto a aceptar que se trate de un favor recíproco.

Masturbación

También censura Marcial (XI. 22) a un individuo que solía masturbarse con mucha frecuencia. Quizás es la única censura que se lee en la poesía del vate hispano, de una forma de pederastia, que hace perder a los jóvenes su atractivo. En una *kylix* ática de figuras negras del Pintor de Amasis (530-520 a.C.), dos varones tumbados se masturban, y en un vaso de figuras negras fechado en el s. VI a.C. lo hace un sátiro. La masturbación, que hoy se considera un aspecto más de la sexualidad humana, que se puede constatar también en los animales, no fue en un principio prohibida en el cristianismo primitivo, y cuando lo fue en la Edad Media fue como consecuencia de la prohibición de la ley judía del levirato.

Impotencia

A la disfunción de la impotencia alude Marcial también en varias ocasiones (III. 73; XI. 25).

Cunnilingus

La práctica sexual conocida con el nombre de *cunnilingus* debía de ser habitual, pues a ella aluden con frecuencia Marcial (I. 78; II. 84; III. 81; III. 88; III. 96; XI. 47; XI. 61; XI. 85), Cátulo (LXXIX. 4; LXXX-VIII. 8) y Juvenal (VI. 51).

Fellatio

La *fellatio* también debió de ser corriente en las prácticas sexuales de los romanos, pues la cita varias veces Marcial (I. 94; III. 85; IV. 50; IV. 94). Todas estas prácticas amorosas eran aceptadas en la Antigüedad ya que se representan multitud de veces en los vasos griegos, en las lucernas, en las pinturas y en relieves romanos, al igual que en los templos indios⁸. La sociedad las aceptaba sin problemas y sin ningún tipo de ruborización. También se encuentran en el arte contemporáneo, como en las pinturas de Picasso y Dalí. Además, la *fellatio* aparecía con frecuencia en los seres divinos. Baste recordar los sátiros en una copa de finales del s. VI a.C. En una *kylix* de figuras rojas, obra del Pintor de Brygos datada en torno al 480 a.C., una hetaira desnuda hace una felación a un varón, mientras un segundo realiza con ella el coito *a dietro*. Ambos hombres son barbudos. La felación se repite en otro grupo de esta misma pieza.

⁸ A. Legrew, *Kamasutra*, Londres, 2002; I. Sinha, *Kamasutra*, Londres, 1980; M. Smedt, *The Kama-Sutra. Erotic Figures in Indian Art*, Friburgo, 1984; M. Vatsyayana y otros, *Kamasutra*, Oxford, 2003.

Coito *a dietro*

El coito *a dietro* menciona con frecuencia en los citados epigramas de Marcial. Se ha documentado mucho, teniendo a los sátiros como principales protagonistas. En realidad, había sido un ritual religioso en el Oriente.

El coito *a dietro* está bien representado en el arte griego, y aparece en un plato de cerámica ática de figuras rojas datado en torno al 480-460 a.C., así como en una *kylix* ática de figuras negras del Pintor de Briseida, datada en torno al 470 a.C. Se repite la escena del varón desnudo realizando un coito *a dietro* con una hetaira desnuda en una gema de calcedonia zafirina de comienzos del siglo IV a.C. en la que la muchacha es persa.

En una soberbia escultura hallada en las proximidades de Pompeya, un sátiro se dispone a realizar un coito *a dietro*, de pie, con una ninfa. La escena se repite en un bronce pompeyano. La postura coital en esta pieza se realiza *more ferarum*, postura citada por Aristófanes en *Lisístratas* y en el libro IV *De rerum natura* de Lucrecio. En la pintura pompeyana de los últimos años de Nerón, igualmente se representó el coito *a dietro*, al igual que en dos pinturas pompeyanas de tiempos de Vespasiano (67-79). También se conoce en Pompeya la unión de dos hombres con una dama con el coito *a dietro*. En el famoso sarcófago guardado en el Museo Nacional de Nápoles, se esculpen dos Ménades en una escena de este tipo de coito, en este caso de época de los Antoninos.

Lesbianismo

El lesbianismo debió de estar muy extendido entre las damas romanas, pero era difícil de detectar. Marcial lo describe en un epígrafe ya citado (I. 90).

Se ha interpretado el monstruoso clítoris *como penis coriaceus* o consolador, ya representado en una *fellatio* sobre copa ática de finales del s. VI a.C. En una copa de Epikletos (520-540 a.C.), una hetaira desnuda lleva dos grandes consoladores. En este epigrama, Marcial condena el lesbianismo (al igual que en el libro VII 67-70):

Da por culo a los chavales la lesbiana Filenis
y más furiosa que un marido empalmado
taladra a once chavalas por día.
Arremangada juega también a la pelota
y se pone amarilla de polvo y las halteras pesadas
para atletas hace girar con el músculo fácil,
y embarrada de la hedionda palestra
se somete a los golpes del monitor untado de aceite.
Y no come ni se reclina antes
de vomitar siete chatos de vino;
a ellos piensa que puede volver,
cuando ha comido dieciséis albóndigas.
Después de todo esto, cuando se pone cachonda,
no la mama -esto lo cree poco viril-,
sino que devora por completo el sexo de las chavalas.
Los dioses te concedan una mentalidad, Filenis, adaptada
a tí, que crees viril lamer coños.

Filenis era una lesbiana insaciable. Ahora bien, el lesbianismo apenas interesó a los literatos latinos. La lesbiana más famosa de toda la Antigüedad fue la gran lírica Safo, que vivió hacia el 600 a.C. Debía de estar muy extendido, a decir de Pablo de Tarso en el texto anteriormente mencionado. Al lesbianismo alude, muy probablemente, Juvenal (VI. 316-329) cuando describe la fiesta de la *Bona Dea*, reservada sólo a mujeres:

Conocemos bien lo que ocurre en los misterios de la Buena Diosa, cuando la flauta
aguijonea los lomos y las Ménades de Príapo, llevadas a la vez por el vino y la trom-

peta, ululan atónitas y retuercen sus cabellos. ¡Oh, qué ardiente deseo de un coito se despierta entonces! ¡Qué voz emiten cuando la libido les baila! ¡Qué torrente de vino añejo se les escurre por las piernas empapadas! Saufeya (dirigía la celebración) propone una corona y desafía a las mozas de los rufianes: se lleva el premio de achuchar con las caderas, pero se rinde ante los meneos de la cimbreante Medulina [dama de la alta sociedad, emparentada probablemente con el emperador Claudio], De modo que entre las dos se reparten las palmas: la destreza en tal oficio les es congénita. Allí no se simula nada, ni se bromea, todo se hace tan real que podría enardecer al hijo de Laomedonte, ya rígido por los años, y también al herniado Néstor. La mujer se muestra ahí tal cual es, su comezón ya no admite la espera.

Aunque habría que señalar que en estas fiestas se permitía que, al final, entrasen hombres.

Hay un clamor -continúa Juvenal- repetido al unísono en todo el recinto: ya se permite que entren los varones. Si éstos no entran, se llama a los esclavos y hasta a un aguador alquilado.

Juvenal (VI. 307; X. 225) menciona a Maura, lesbiana que trabajaba de prostituta. También se supone que la emperatriz Sabina, esposa de Adriano, mantuvo relaciones lésbicas con su íntima amiga Balbila, mujer muy culta.

Bestialismo

Una alusión al bestialismo se lee en Juvenal, al final de la orgía a la que se entregaban las mujeres en los cultos de la *Bona Dea*, cuando afirma que, si no disponen las damas de hombres, acuden a ser cubiertas por los asnos. El bestialismo está a su vez representado en el arte griego. Lo practicaban los seres divinos, como Pan, con una cabra en un grupo escultórico del s. I a.C. Baste recordar una copa ática del último cuarto del s. VI a.C., en la que una Ménade se ofrece a un asno; en una copa del 520 a.C., Pan se acopla a una cierva; y en una lucerna ateniense del fabricante de lucernas Preimos, que trabajaba hacia mediados del siglo III, aparece una mujer con un asno.

Los dioses también la practicaban, como Zeus, que se metamorfoseó en cisne para gozar de Leda, tema muy corriente en el arte clásico. Minotauro era hijo de Pasifae, esposa de Minos, y de un toro regalado por Poseidón. El bestialismo se prohíbe en Levítico (18. 23). Toda esta sexualidad debió de penetrar en Roma cuando la civilización romana entró en contacto con Grecia después del 195 a.C.

Prostitución

Marcial se refiere frecuentemente a la prostitución de Roma, especialmente la ejercida por las clases bajas. En el epigrama 34 del libro I, menciona que las rameras no visten con el pudor que llevan las matronas. Caminaban más «descocadas» por las calles. Las cortesanas y las adúlteras, por ley, vestían una toga como señal infamante, como afirma Marcial en el epigrama 39 del libro II. El epigrama 83 del libro III, es una de las composiciones más largas de Marcial, que trata de un banquete⁹ en el que intervienen prostitutas y homosexuales:

El que pueda ser invitado de Zoilo,
que cene entre las putas del Sumemio
y sobrio beba en el vaso roto de Leda:
mantengo que es más ligero y más decente.
Vestido de verde se tiende en un lecho para él solo
y empuja con los codos por todas partes a los convidados
apoyado sobre la púrpura y los cojines de seda.
Un esclavo crecido permanece de pie y le ofrece, cuando eructa,

⁹ R. Turcan, *Vivre a le cour des Cesars*, París, 1987, pp. 237-281.

plumas rojizas y palillos de lentisco;
y cuando tiene sofoco, una concubina a su espalda
con un abanico verde le proporciona un fresco ligero,
y un esclavo ahuyenta las moscas con una vara de mirto.
Un masajista recorre su cuerpo con hábil destreza
y esparce su docta mano por todos los miembros;
el eunuco conoce las señales de su dedo al chasquear
y controlador de su delicada orina
dirige el pene ebrio de su dueño bebiendo.
Él a su vez girando hacia atrás a la turba de sus pies
entre las perritas que lamen las vísceras de los gansos
distribuye glándulas de jabalí a los gimnastas
y regala a su concubino con muslos de tórtolas;
y mientras se nos sirve vino de las rocas de Liguria
o mosto cocido con los humos de Marsella,
él apura el néctar de Opimio en honor de los bufones
en copas de cristal y vasos murrinos.
Y él ennegrecido con potingues de Cosmo
no se ruboriza por repartimos en una concha de oro
la pomada para el cabello de una amante barata.
Después, traspuesto por los muchos vasos de vino se pone a roncar:
nosotros nos recostamos e, invitados a respetar en silencio
sus ronquidos, brindamos con señales de la cabeza.
Éstas son las insolencias del malvado Malquión que soportamos
y no podemos, Rufo, tomar venganza: es un mamón.

Marcial describe magníficamente, de modo magistral, y en pocos versos, un banquete, digno del Trimalción de Petronio, en época neroniana, donde no podían faltar las prostitutas, los amigos, los bufones y el vino. Se describe el banquete en casa de un rico, a juzgar por la vestimenta del anfitrión. Las rameras, igualmente, participaban en estas reuniones de los ricos.

Juvenal (IX. 24) conserva un dato de gran interés: las mujeres se prostituían en todos los santuarios de Roma. Esta afirmación viene a continuación de la mención de los templos de Isis y de la Paz, construido este último por Vespasiano en honor de Júpiter. El templo de Isis tenía fama de ser un lugar de citas.

Prostitución de niños

El epigrama 6 del libro IX es especialmente importante, pues está dedicado a Domiciano. Menciona la prohibición para los mercaderes de castrar a los niños, con el objeto de venderlos como esclavos y de ser prostituidos. Tal prohibición se extendía también a las madres que, por la miseria, prostituían a sus propios hijos. Esta costumbre debió de ser frecuente en Roma, pues a esta prohibición vuelve el poeta en su epigrama 8. Marcial alaba mucho a Domiciano por haber promulgado este decreto.

El emperador Calígula (Suet. *Cal.* 36) estupro públicamente a un muchacho. Después, Nerón, según cuenta Suetonio (*Ner.* 28), castró a un niño para después casarse con él. A su vez, después de haber hecho castrar a un niño llamado Sporo, pretendió también metamorfosearlo en mujer: se lo hizo llevar con su dote y su velo rojo, en un gran cortejo, siguiendo la ceremonia ordinaria de los matrimonios, y lo trató como a su esposa. Este Sporo, vestido y adornado como una emperatriz y llevado en litera, le seguía a todos los centros judiciales y a todos los mercados de Grecia, y luego, en Roma, Nerón lo paseó por el barrio de los Siggillarios, cubriéndolo de besos a cada momento.

La prostitución no tuvo en la Antigüedad el carácter tan peyorativo que alcanzó después por influencia del cristianismo. Estaba aceptada plenamente, incluso cumplía una fun-

ción social. Incluso Agustín de Hipona fue un acérrimo defensor de la prostitución, como mal menor. Solón, a comienzos del siglo VI a.C., ordenó la prostitución de Atenas¹⁰. Aspasia, la esposa de Pericles, tenía como negocio los burdeles en la ciudad de Atenas. Y en Roma eran bien conocidas las relaciones de Calígula (Suet. *Cal.* 36) con la cortesana Pyralis. De hecho, instaló en Palacio un burdel de lujo, con muchas habitaciones pequeñas amuebladas con gran lujo para que fueran matronas y muchachos de condición libre a prostituirse. Era un burdel para ambos sexos. En él se hacían también préstamos. No cabe duda que el dinero que se obtenía, aumentaba los ingresos del emperador (Suet. *Cal.* 41).

La emperatriz Mesalina, esposa de Claudio, iba de noche a prostituirse a los burdeles de ínfima calidad de los bajos fondos de la ciudad. Juvenal (VI. 115-132) es quien recoge esta noticia.

Normalmente, los burdeles se encontraban en el centro de las ciudades, como en Éfeso, Ostia y Pompeya. En esta última ciudad, se encontraban también junto a las termas. En Tesalónica, junto al agora. En Roma, los burdeles baratos se encontraban en el Sumemio (Marcial, I. 34-6; III. 82.2; XI. 61.2; XII. 32.22).

Las hetairas están muy representadas en el arte griego. A este respecto, ya se ha mencionado el *amphoriskos* del Pintor Tideo. Hetairas se pintaron en un *kylix*, ática de figuras rojas, obra de Apolodoro, datada hacia el 500 a.C. En otro *kylix* ática de figuras rojas del Pintor de Talía, de finales del s. VII a.C., un hombre persigue a una hetaira. En un *stamnos* ático de figuras rojas de Polignoto (de hacia el año 430 a.C.), hombres barbudos se encuentran en compañía de hetairas. Un joven y una hetaira realizando el acto amoroso, ocupan la matriz de un vaso de Pérgamo de la segunda mitad del s. II a.C. En el segundo cuarto del siglo VI a.C., en un anforisco tardocorintio del Pintor de Tideo, unos hombres bailan con hetairas desnudas en una fiesta, *komos*, que en origen se celebraba en honor de Dionisos y en la que participaban sólo hombres y hetairas.

La prostitución en la cultura fenicia tuvo fundamentalmente un carácter religioso. Era un ritual celebrado en honor de Astarté. Está descrita por Heródoto (I. 199) a mediados del siglo V a.C. Prostitución sagrada se documenta también en Pafos y en Amatunte de Chipre (*Iust.* 38.5), y en Eryx, y antes, en el puerto de Tarquinia¹¹ y, posiblemente, en Cancho Roano en la Península Ibérica¹². La hubo también en Israel¹³ (11) vinculada a los cultos de Astarté, incluso en el templo de Jerusalem. Era masculina y femenina (*Nm.* 25; *Dt.* 23.18; / *Re* 14.24; 22.47; 2 *Re* 23.7; *Jr.* 2.20; *Os.* 4.14).

Bailarinas gaditanas

Marcial y Juvenal mencionan con cierta frecuencia la actuación de las bailarinas gaditanas en Roma. Acudían, contratadas, a casas particulares¹⁴. Marcial (XIV. 203) describe el baile:

¹⁰ J. Boardman y E. La Rocca, *Eros en Grecia*, Madrid, 1976; E. Cantarella, *Pompei. I volti dell'amore*, Milán, 1999; C. Johns, *L'eros nell'arte antica. Senso o simbolo*, Roma, 1992.

¹¹ W. Fauth, «Sakrale Prostitution im Vorderen Orient und im Mittelmeerraum», *Jahrbuch für Antike und Christentum*, 31, 1988, pp. 24-39; G. Colonna, «Il santuario di Pyrgi alla luce delle recenti scoperte», *Studi Etruschi*, 33, 1965, pp. 191-219.

¹² J. M.^a Blázquez, *El Mediterráneo y España en la Antigüedad*, Madrid, 2003, pp. 357-371.

¹³ J. P. Asmussen, «Bemerkungen zur sacralen Prostitution im Alten Testament», *Studia Theologica*, X, 1957, pp. 167-192; K. Van der Toorn, «Female Prostitution in Payment of Vows in Ancient Israel», *Journal of Biblical Literature*, 108, 1989, pp. 193-205; J. G. Rubio Pardo, «¿Vírgenes o meretrices? La prostitución sagrada en el Oriente antiguo», *Gerión*, 17, 1999, pp. 129-148.

¹⁴ J. M.^a Blázquez, *Imagen y mito. Estudios sobre las religiones mediterráneas e iberas*, Madrid, 1977, pp. 241-243; R. Olmos, «Puellae Gaditanae. Hetairas de Astarté», *AEspA*, 64, 1991, pp. 99-109; A. García y Bellido, *La Península Ibérica a comienzos de su Historia*, Madrid, 1953, pp. 618-621.

Se contornean tan lúdicamente, excitan tan provocadoramente que
habrían hecho masturbarse al propio Hipólito.

Había maestros en Roma que enseñaban los bailes licenciosos de Cádiz (Marcial, I. 12). El vate hispano (V. 26-28) describe nuevamente dicho baile:

Ni muchachas de la licenciosa Gades
moverán produciendo un prurito sin fin
las lascivas caderas en dócil contorno

En VI. 71.2, el poeta hispano afirma de Teletusa, joven lasciva que es:

experta en trazar posturas lascivas al son de las castañuelas
de la Bética y en danzar al son de los ritmos de Gades.

En estos versos, Marcial describe el baile gaditano, que era muy probablemente, al son de las castañuelas. Marcial debió de presenciar con frecuencia estas danzas en Roma, en casa de los ricos. Juvenal, por su parte, afirma:

Quizá esperes un coro que se ponga a cantar las lascivas canciones gaditanas, y que las mozas, animadas por los aplausos, se tiendan en el suelo meneando el trasero. Esto es lo que hoy contemplan las recién casadas inclinadas sobre sus maridos, espectáculo que cualquiera se avergonzaría de describir en presencia de ellas. La cosa aviva la pasión languideciente y agujonea punzantemente a nuestros ricos. Pero más intenso todavía es este placer en el otro sexo, que siente más ardor y que muy en breve desahoga la libido que le entró por la vista y el oído. En mi humilde mansión no caben estas tonterías (XI. 162-170).

Es significativo que Juvenal afirme que el espectáculo gustaba más a las damas que a los hombres. Antes las mujeres no acudían a este tipo de banquetes. Es evidente que los tiempos habían cambiado.

Estos bailes fueron representados con frecuencia en Roma¹⁵. Debían de ser los dedicados en Gades a Astarté, ya desacralizados y convertidos en juego, que es el mismo proceso que siguieron los juegos olímpicos en Grecia, y el teatro, anfiteatro y circo en Roma, que en origen eran rituales religiosos dirigidos a los dioses. Por esta razón, los escritores cristianos arremetieron duramente contra ellos, como Tertuliano, en su tratado *De spectaculis*, escrito probablemente hacia el año 197; Novaciano, con el mismo título, a mediados del siglo III; Juan Crisóstomo en *Contra los juegos circenses y el teatro*, a finales del siglo IV; y Salviano de Marsella en su *De gubernatione Dei*, a mediados del siglo V.

En la Antigüedad la libertad sexual fue considerablemente amplia, aunque no existió el concepto actual de pornografía ni la emancipación de la mujer. La religión no se ocupó de la moral sexual, ni mucho menos rechazó la sexualidad. Tampoco en el Antiguo o Nuevo Testamento hay rechazo explícito de la sexualidad, ni valoración de la castidad. Jesús no recomendó el celibato a nadie, según afirma tajantemente Pablo de Tarso (*I Cor. 7, 25-26*). En el mundo judío sólo eran célibes los ascetas, como Juan Bautista y los esenios (Plin. 5, 73; Ios. *BI* 2, 119ss.; *Ant.* 13, 171ss.; 118ss.). En la religión romana sólo fueron célibes las vestales¹⁶. El rechazo del placer sexual en el cristianismo es de origen estoico y gnóstico, no de origen judío¹⁷. Pablo, los pelagianos y el apologista Lactancio (principios del siglo IV),

¹⁵ R. Corzo, «Imágenes de las bailarinas tartésicas», *Boletín de Bellas Artes*, 31, 2003, pp. 205-231.

¹⁶ J. C. Saquete, *Las vírgenes Vestales. Un sacerdocio femenino en la religión pública romana* (Anejos de *AEspArq.* 21), Madrid, 2000. En Grecia no existió una institución parecida a las Vestales, aunque las muchachas vírgenes participaban en los rituales.

¹⁷ Véase P. Brown, *Il corpo e la società. Uomini, donne e astinenza sessuale nei primi secoli cristiani*, Turín, 1992. Sobre la vida sexual de los dioses, véase: S. Perea Yébenes, *El sexo divino. Dioses hermafroditas, bisexuales y travestidos en la Antigüedad clásica*, Madrid, 1999.

fueron favorables al amor carnal dentro del matrimonio. Era bueno y deseado por Dios. Cierta desprecio social de estos grupos tratados en este estudio debió de existir entre los literatos, pero nunca tan acentuado y generalizado como en el presente. La sociedad aceptaba su existencia y no se escandalizaba de ello. De hecho, nunca fueron objeto de persecución.